

Pero desean darse plenamente. Como las frutas que entregan miel y perfume. Como los pájaros, sinfonía de color y música. Es una forma de vivir. El clima es el amo allí. Y de todo este conjunto, de toda esta expresión de vida, el artista saca los zúmos vitales de una literatura autóctona de buena ley. Y nos hace conocer a su tierra y a su gente. Tenemos que agradecerse.

LA EPOPEYA DE MOÑI.

SANDÍAS RIBEREÑAS.

<https://doi.org/10.29393/At202-11EMDI10011>

En la literatura de Mariano Latorre se distinguen dos aspectos bien marcados de sus cualidades de novelista. Por un lado encontramos al artista poseído por una especie de sensualidad pictórica que trata de dar al lector una sensación objetiva, densa de matices y observaciones cogidas directamente de la realidad. Y en el otro aspecto, al artista que idealiza los elementos con que trabaja, mezclando la realidad con el ensueño y proyectarla con vigoroso impulso hacia lo épico. De esta manera sus personajes se agrandan y cobran relieve que no desentonan con el escenario. La aventura peligrosa, la superstición, el misterio y la fatalidad entran en estos relatos. Son como las alas de la fantasía que se ciernen sobre la realidad, para darles prestigio y calidad artística. Es entonces un poeta fascinado por el embrujo de la naturaleza que adquiere dentro de su sensibilidad una especie de vida humana que sufre, que goza, que palpita estremecida por todas las emociones. Y así, todo aquello que otros escritores ubican en el alma humana, Latorre lo ubica en el árbol, en el río, en la selva o en el monte donde refulgen las nieves. Pero el hombre, no se queda allí en medio de ese escenario como un ente, o una brizna sin transcendencia ni significado. Es también parte del paisaje de Latorre. Entra en la descripción proyectado con ese impulso épico que se advierte en «Pampanitos», «Cóndor Viejo», «La Epo-

peya de Moñi» y otros relatos que han valorizado la obra de este escritor. En el trozo que transcribimos se puede comprobar la verdad de esta afirmación.

«Las rachas invisibles del huracán, aliento de las nieves eternas, siguen flagelando los peñascos desnudos, arañando las aguas inmóviles, torturando las aguas de los michayes y romerillos de los cajones, vencedoras del agua y del sol. En medio de su rugir bravío, inacabable, la agonía del pastorcillo y los agudos gritos del cóndor son menos que el canto armonioso de un arroyo o el estornudo de los tunducos trogloditas».

Ahora la Editorial Cruz del Sur ha publicado dos de sus cuentos, cuyos títulos encabezan estas líneas, en un breve volumen, pulcramente editado. «Sandías ribereñas» corresponde a la etapa naturalista de la obra de Latorre. Es el observador que en ningún momento se aleja del objetivo, fíncando en él su fuerza creadora y el sabor vernáculo de su creación artística. En la «Epopéya de Moñi», ya encontramos al escritor evolucionado dueño de un estilo y conocedor de los secretos del idioma. Son dos bellos cuentos que dan una idea exacta de la capacidad de un escritor.

CUESTIONES MÍNIMAS DE EDUCACIÓN.

Moisés Mussa es uno de esos maestros a los cuales, sin pecar en un excesivo elogio, se podría calificar de ejemplares en el ejercicio de su profesión. Bajo su apariencia de hombre frío y, un tanto indiferente, se oculta el espíritu de un hombre generoso, sincero y leal consigo mismo y, con la misión que la sociedad le ha encomendado. Es el tipo del educador nato, del hombre que se da con vivo fervor al apostolado de la enseñanza. Porque en Mussa se nos presenta el caso del hombre que lleva con él la convicción de que un maestro no sólo se debe limitar a enseñar, sino que junto con eso, a formar el alma de los niños, a descubrirles horizontes, que sin sacarlos